

cuatro presidarios cargados con el ataúd, un sacerdote y los alguaciles del juzgado ordinario.

De esta manera terminó sus días un jefe de escuadra de la Armada española; de ese modo fué conducido al cementerio, en el mismo traje de casa con que fue asesinado, el valiente marino D. José de Vargas y Varaes, que tantos servicios habia prestado á su patria, y cuya vida respetáran las balas en los mares de Argel, San Vicente, Gibraltar y en el memorable combate de Trafalgar, donde salió herido mandando el navio *San Ildefonso*, cuya heroica defensa ocupa una de las páginas brillantes de aquel sangriento y desgraciado combate.

IV.

El mismo día que el cadáver del general Vargas era conducido al cementerio; como pudiera serlo el de un hombre cualquiera, llegó al Ferrol y se encargó del mando del departamento el nuevo comandante general don Francisco Vazquez Mondragon.

Por orden de la Audiencia de Galicia, se formó la correspondiente causa para castigar los autores y cómplices del horrendo crimen que deploramos. La vindicta pública reclamaba una víctima, y Antonia Alarcon, casada con un obrero, señalada como principal cabeza del motin, fue conducida al suplicio y decapitada en la ciudad de la Coruña, colocándose despues su cabeza sobre una pica en la alameda del Ferrol y frente á la puerta del arsenal del Dique, donde permaneció por algun tiempo, en cumplimiento de la sentencia dictada por el tribunal del territorio.

V.

A muchas y muy graves consideraciones da lugar el horroroso suceso que acabamos de referir, y que siempre apareció envuelto en el mas profundo misterio á la vista de los hombres pensadores, porque no se concibe que en una plaza de armas con guarnicion, y lo que es aun peor, dentro de un arsenal con fuerzas para su custodia, haya sido víctima de un asesinato la primera autoridad del departamento, á la vista de sus mismos subordinados, que vieron arrastrado su cadáver por las calles públicas, abandonado y conducido al cementerio como el hombre mas miserable, sin que se cuidáran al ménos despues de muerto, de que su entierro fuese hecho con los honores que á su alta gerarquía pertenecian. Como escritores imparciales no hacemos mas que narrar este desgraciado acontecimiento, tal cual ha pasado. Nuestros lectores sacarán de él las consecuencias que naturalmente se desprende. Ciertamente que la consumacion de este crimen ha sido un borron para el pueblo del Ferrol; pero ¿cuántas veces el nombre de los pueblos no se toma por escudo para cometer los mas misteriosos y horribles atentados?....»

José Montero Arostegui.

EL MÉDICO Y LA SOCIEDAD.

ARTÍCULO DEDICADO Á LA NOBLE FACULTAD.
DE CURAR.

Dios hizo al hombre y la obra correspondió á la sabiduria del Hacedor omnipotente; el Criador se regocijó al ver su criatura, por que el hombre apareció entonces hermoso, jóven, perfecto é invulnerable. Un vivir eterno y feliz fué su destino primero; el universo era para él un segundo cielo y los elementos lo ungián de continuo con el bálsamo de la salud. El aliento del Señor no germinára aun en el entendimiento virgen la ciencia de curar: no existia la medicina porque no nacieran las enfermedades. En cambio de tanto bien Dios solo exigió del hombre la observancia de una ley que apartaba de sus lábios el único fruto amargo que podia trastornar tan dulce existencia... Revelose su soberbia ingrata; el hombre quiso ser Dios, probó la ciencia del bien y del mal y se le cayó de las manos el cetro de la creacion: su felicidad era la inocencia. La sentencia del Juez eterno hirió la frente de Adán pecador; la vida, el universo y los elementos se encargaron de ejecutarla. Los elementos lucharon con él, lo fatigaron y vencieron; el universo ocultó tras su hermosura males sin número; entre sus flores, abrojos y espinas que lo lastimaron; proclamaron á Jehová y patentizaron al hombre su pequeñez; su indocilidad y su servidumbre derramaron la confusion y las penas en su alma, en su cuerpo las enfermedades, y la vida abrumada del peso lo depositó en hombros de la muerte.

Dios no podia dejar de ser Dios. Antes que juez inexorable que entrega en manos del verdugo al hombre criminal, se muestra pádre amoroso que al alzar el azote suave ha preparado ya consuelos al dolor. Si el animal rasga con sus garras las carnes del hombre, ese mismo bruto encierra en sus venas ó en su cuerpo el medicamento que las ha de curar: si el vegetal hiere con sus espinas el cuerpo humano, las hojas del mismo arbusto contiene tal vez el jugo reparador. Dios se hizo hombre para salvar al mortal de su enfermedad horrenda, para arrancarlo de los brazos de una muerte eterna; dióle por medicina su propia sangre y creó en pos de la muerte una nueva vida de felicidad sin fin, de inmensa gloria. Dios hecho hombre bendijo á los enfermos y tornaron á la salud: llamó á Lázaro difunto y este se alzó de su sepúlcro. Dios es el único dispensador de la salud.

A la cabeza del verdadero creyente moribundo aparecen hoy dos seres grandiosos radiantes de sublimidad; el sacerdote santo que vierte en su alma la salud eternal y el médico vice-gerente de Dios en la tierra. El autor de la existencia ha dicho á este «Cura á tu hermano doliente y lucha sin trégua contra su enfermedad. Soy dueño de su último respiro: habrás cumplido tu mision, aunque la muerte ejecute mis decretos.» Viciosa é irreflexiva la

